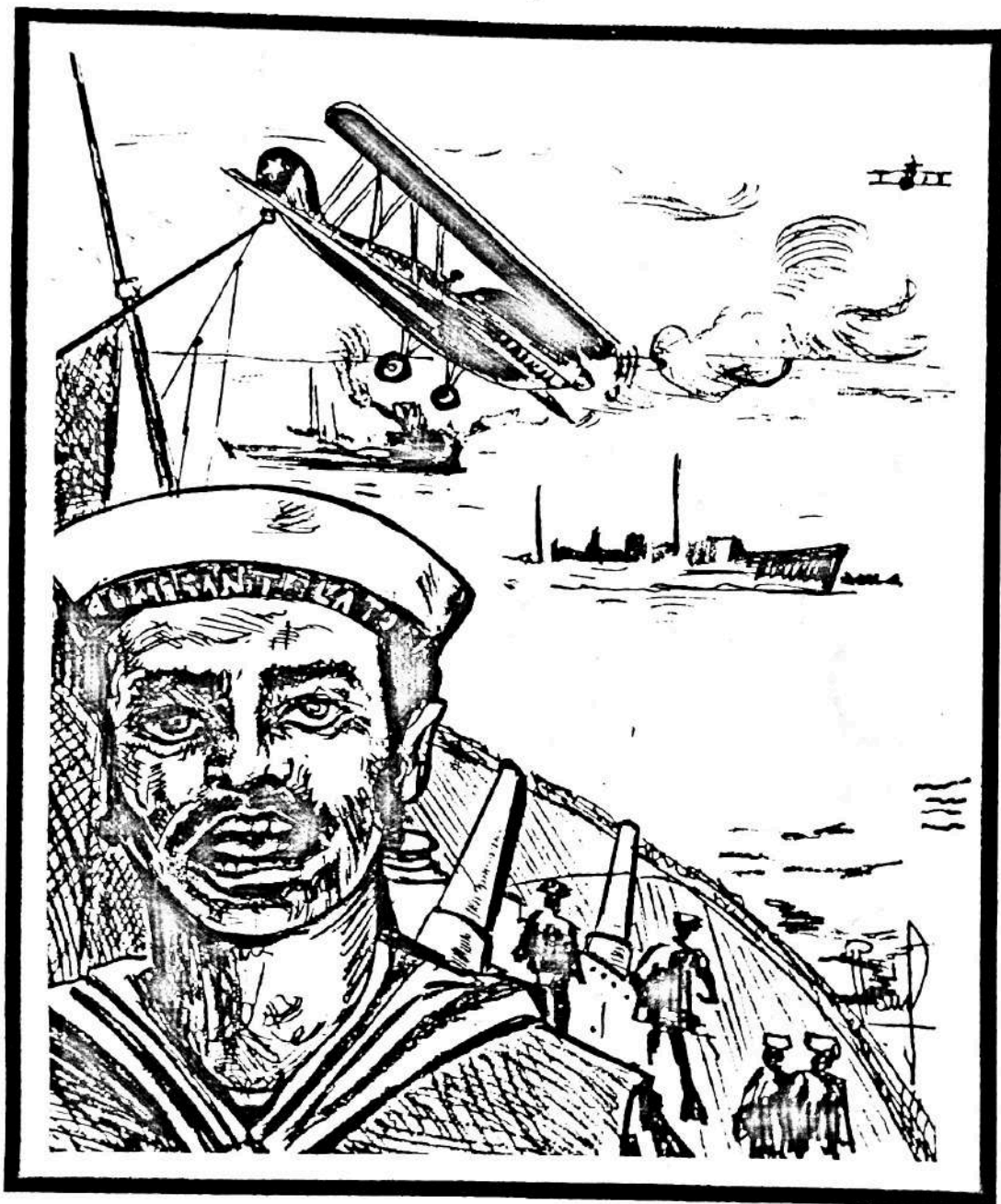


MI ULTIMA CLASE DE HISTORIA DE CHILE

... la sublevación de la marina, el toque
de queda, el amor y otros testimonios...



ALBERTO GALLEGUILLOS JAQUE
Ediciones de la Golondrina

Mi Última Clase de Historia de Chile

Alberto Galleguillos Jaque

EDICIONES DE LA GOLONDRINA

I.S.B.N. N° 91.359

COPYRIGHT BY ALBERTO GALLEGUILLOS JAQUE

PORTADA RAUL

Todos los Derechos Reservados

Santiago, Chile

Ediciones de la Golondrina

Emiliano Figueroa 830, Santiago

INDICE

Dedicatoria	Pág.	7
Prólogo	"	8

Parte I "En Tiempos de la Dictadura"

Toque de Queda	Pág.	11
Juárez, Casa de Seguridad	"	19
Palomas y Gorriones	"	29
La Requisa	"	31
El Cupido	"	34
El Pastor Evangélico	"	37
El Gallego, Torero	"	40
Arresto Domiciliario	"	47
Café Do Brasil	"	52

Parte II "El Maestro, Testimonios"

La Velada Artística Escolar	Pág.
Fueron Cartas de Amor	54
El Maestro Ciruela	55
La Colima	70
El Carco	77
Homenaje Póstumo a Sergio Soto Letelier	84
La Muerte de Sergio Cruz (El Pajarito)	95
La Sublevación de la Martnería	101
MI Ultima Clase de Historia de Chile	108
	116

Parte III "El Amor y Otros Recuerdos"

Maria	Pág. 135
David, el que quería morir	" 142
El Fantasma de la calle Alalaya	" 149
La Prótesis del Señor Juez	" 156
El Closet	" 163
La Gulmiera de Oro	" 169
La Sequía	" 200

A la maestra y compañera Silvia Ugalde Berríos y a Tamara, pequeña hija que me acompañaron en Villa Grimaldi, "La Casa de las Torturas" y en el "Pabellón de la Muerte" de la Prisión de los Incomunicados de "Cuatro Alamos"

estable para mantener a la nación sometida; el control férreo de los medios de comunicación; las interrupciones nocturnas en los hogares; la persecución sin tregua, los asesinatos en masa, los detenidos desaparecidos y el martirio de un pueblo orgulloso, obligado a someterse bajo la bota, humillado, robado, y escarnecido.

Prólogo

Todo comenzó con el sonido de un trueno lejano. Hawker Hunter bombardeaban la Moneda, La orgullo era borrada, en un solo estallido de sangre y fuego, el resultado del control de la derecha económica, las compañías transnacionales, el imperialismo norteamericano y un conjunto de generales traidores a su bandera y estado de derecho.

Una semana antes, tras las bambalinas del Teatro Caupolicán, cambiamos una mirada desolada. Alberto Galleguillos, era el homenaje de las fuerzas de unidad popular al líder uruguayo Liber Seregni y para una concentración de fuerzas encontradas, el extremismo y la intolerancia, con toda su polarización irracional harían presa de las fuerzas populares y los dirigentes huidos no teníamos ya nada que hacer. Nos dimos un abrazo, era el reguero al gran sueño de justicia y libertad que enarbolara Salvador Allende para su patria.

El resto es conocido: A partir del 11 de Septiembre de 1973, la fuerza bruta elevada a la categoría de razón de estado, el crimen institucionalizado, la tortura cotidiana, el toque de queda como elemento impres-

A pesar del predominio de estas fuerzas émoniacas, hubo sin embargo personas comunes y corrientes, ni mártires ni héroes, sino ciudadanos anónimos que no permitieron que el triunfo de la muerte sobre la vida, del egoísmo sobre la solidaridad, fuese absoluto. Centes como Alberto Galleguillos, testigo lúcido de su tiempo, dirigente popular y maestro de juventudes, que en medio del horror, mantuvo su fe en el hombre y su destino, que a pesar de la debilidad de la carne, del miedo, porque todos somos humanos y lo experimentamos, de la decepción ante cobardías morales y desertiones, persistió en su ideal "jugándose a todo" al igual que muchos otros que ya no están, sin preocuparse por sí mismo.

Lo recuerdo también en esos días negros en que intentábamos infructuosamente organizar la resistencia a la dictadura en su amado Café Do Brasil, buscando contactos y, como recuerda en estas páginas, cambiando dólares para mantener a los dirigentes en la clandestinidad...

Por eso estas páginas agrupadas con el título de "Bajo la Dictadura" nos parecen tan frescas, tan vividas, tan actuales. En ellas encontramos nombres amados, nombres de amigos ya casi olvidados y nuestro propio nombre, moviéndose en el escenario de pesadilla que la dictadura militar construyó para los chilenos.

Alberto insiste en que las cosas tienen que decirse, tienen que registrarse. La vida humana es corta y la memoria, aún más. En Septiembre de 1973, no podíamos imaginar la profundidad del horror, el daño que no es posible medir, que se inflingiría a el espíritu de la nación, el remplazo de una juventud generosa, plena de ideales por otra, consumista, competitiva, sin más norte que el

PARTE I "EN LOS TIEMPOS DE LA DICTADURA"

Las generaciones venideras deben saber la verdadera historia de Chile, una sociedad castrada y conformista que eternizó los ojos en la miseria y creó el hambre, la falta de seguridad social, las deficiencias en el plano educacional, son un "Totalitarian Show", una película más en la TV. De la importancia del libro de Alberto Gallardo, esta es la verdad, sin velos, sin atenuantes, sin prolepsis, fascistas con antorchas y banderas a la punta del espanto, verdad de la tortura en conglomerados calabozos enterramientos clandestinos de hombres mujeres y niños asesinados por capricho; de la bestialidad total que la impunidad puede proporcionar a un ser humano, sólo otro al que minusvalorar apodándolo "humanoide".

El libro de Alberto enseña a amar la libertad, mostrar lo que significa su ausencia, enseña a amar hombre, al retrarlo en toda su grandeza y miseria, a amar Chile enterrable que un día nos fuera arrebatado. Y que más temprano que tarde, reconstruirá su sensibilidad cultura, la que otra vez nos hiciera estar orgullosos de haber nacido en esta tierra.

...Y como dice el cantor popular, ¿Adonde irá el buque que no arde?, Gallardo sigue siendo el animador del velado artista escolar, el profesor rural sacrificado a la necesidad de su patria de contar con hijos ilustrados, generosos y libres, el revolucionario consecuente, rebelde, la franja y finalmente y para siempre, el profesor de historia, pero de la historia viva en que todos nosotros somos protagonistas de una trama temporal desplazada en ocasiones risible.

Mi última Clase de Historia de Chile es, por tanto, mucho más que la anécdota ocasional que encabeza toda una lección de chilendidad que, no me cabe duda, contribuirá a mantener el espíritu y la tradición que la infancia no pudo quebrar.

Carlos Raúl Sepúlveda C.

Santiago, Octubre de 1994

TOQUE DE QUEDA

El "Toque de Queda" no estaba en nuestra memoria histórica. Sólo lo habíamos leído en la literatura sobre las dictaduras militares o fascistas o nos habíamos estremecido de horror con las escenas del cine de la posguerra. Pero el mismo 11 de Septiembre de 1973, después del irracional bombardeo de La Moneda y de la rendición de algunos focos de resistencia, después de conocerse la muerte del Presidente Allende, empezó el toque de queda que se prolongó por todo el día siguiente y en diversas horas en los días posteriores al alzamiento de las Fuerzas Armadas en el poder sangrientamente usurpado.

A pesar que se sabía que la derecha chilena y los elementos más reaccionarios de las Fuerzas Armadas estaban conspirando contra el Gobierno Constitucional, no se esperaba que el "cuartelazo" fuera tan pronto, tan sangriento y tan brutal. La mayoría de las medidas tomadas con antelación para resistir la llegada del amuntado "golpe" fracasaron y muchos dirigentes de alto nivel político o gremial, al igual que los dirigentes de base, nos encontramos en la mayor indefensión. Era yo, entonces, Jefe Político de la Tercera Comuna de Santiago del Partido Socialista y miembro de la Comisión Nacional de Organización de la Unidad Popular, junto a Carlos Raúl Sepúlveda del Partido

Comunista, y a Moises Quezada del Partido Radical. El local que funcionaba este organismo estaba en calle Catedral. Fue al Congreso Nacional. Al amanecer del día once fue ocupado, los militares y algunos dirigentes detenidos y otros desaparecidos para siempre. Miles de anónimos sobrevivientes valientemente nos enfrentamos a la muerte.

Fue entonces cuando empezó el peregrinar dramático de casas de amigos, refugios de organismos internacionales y de otra "casa de seguridad" que casualmente se había salvado pero que rápidamente había que abandonar por temor a que fuera descubierta por "delación", o "entregada" en medio de las torturas por algún detenido. Mi situación era preocupante. Había una estampida familiar; Carlos, elegido regidor socialista por Santiago en 1971, había sido detenido en la Población Los Nogales, junto a Walter Ugalde, hermano de Sylvia, mi compañera, y "El Nacho", un leal compañero; Ricardo, mi hijo mayor, profesor del Instituto Pedagógico de Valparaíso, también estaba detenido después de un allanamiento a la casa de mis padres en Playa Ancha; Rudy, menor de mis tres hijos mayores, permanecía escondido en una población, hasta donde llegué peligrosamente antes del toque de queda; Sylvia seguía dirigiendo el Liceo Integral, que sufrió continuos allanamientos de Carabineros de la Séptima Comisaría de calle Herrera, y de militares del Regimiento Tacna.

La situación era desesperante. No podía caer presa. Había que ubicar a los detenidos y luchar por su liberación. Viví, entonces, el drama que sufrieron muchos compañeros; Santiago se hacía chico. El cerco se estrechaba numerosas puertas se cerraban por temor a las represalias que se tomaban contra quienes prestaban ayuda a los perseguidos. En las embajadas democráticas se había redoblado la guardia para impedir el asilo, y las radios canales de televisión controlados por la dictadura incluían a la delación y a la denuncia de los propios padres o hijos si era necesario, "para salvar la Patria de las garras del marxismo soviético". Sobraban los Goebels criollos que envenenaban el alma y llenaban de odio y de rencor nuestros compatriotas.

En medio de este cuadro de horror, la impotencia me cerraba y la angustia me consumía. En las noches, asegurado el hospedaje, se dormía lleno de sobresaltos por el tableteo de las metralletas, los gritos de "¡Alto!", carreras y rechinar de frenos de los jeeps de las patrullas nocturnas. Enseguida, el insomnio lleno de dudas sobre el mañana, el destino de los hijos, la soledad de mi compañera en el departamento de calle Esperanza, y la suerte de tantos compañeros que se jugaban el pellejo a lo largo de Chile. Levantado el toque de queda, había que establecer contactos con los pocos dirigentes que organizaban la solidaridad con los más desamparados, y ser un eslabón de la información interna y de la comunicación con algunos periodistas y agentes extranjeros, que sacaban al exterior la realidad de lo que estaba ocurriendo en Chile. Nunca olvidaré a Rolf, un agente alemán que con sus crónicas y los videos que filmó, contribuyó a difundir muchos hechos sangrientos ocurridos en esos arduos días de la Historia que no hay que olvidar.

Lo más trágico era el continuo cambiar de domicilio para escapar de los allanamientos, "operativos" o simples detenciones por sospechas. Cuando se me agolparon los refugios, Sylvia consiguió con la profesora Sylvia García que su madre, una respetable viuda, me diera alojamiento en su casa de Avda. Brasil, segundo piso. Había que llegar unos minutos antes del toque de queda y en la mañana salir sigilosamente. Durante el toque la señora cortía unas gruesas cortinas, me servía algún plato de comida y un café. Le agradaba que le contara algunas aventuras de mi vida amorosa y de maestro rural. Pero observé que la señora estaba demasiado temerosa con las noticias que escuchaba en la radio y los comentarios de las comadres del barrio. Entonces "a buen entendedor pocas palabras" y partí en busca de otro albergue. Una vez más Sylvia me consiguió uno, con una buena apoderada del Liceo Integral, la que me ocultaría por algunos días en su casa de La Prada. Esa noche debía llegar quince minutos antes del toque de queda. Debía esperar que la cuadra estuviera solitaria y que los boliches hubieran cerrado sus puertas. Algunos vecinos me conocían y me podían identificar.

... la hora señalada encontré a la señora dueña de casa
pie en la puerta, muy nerviosa. Con frases rápidas y entrecortadas
me dijo que había un "operativo" militar en la población, casa
casa y que ya había un bus lleno de detenidos. Le di las gracias
y seguí su consejo: correr por diversas calles esquivando
patrullas; salir a la Avda. Las Torres y llegar a San Pablo, última
esperanza que algún vehículo me alejara del lugar. En mi
carrera contra el tiempo llegué a la calle San Francisco, el
comerciante que cerraba el último boliche del barrio me indicó
como salir a San Pablo por Las Torres, porque Neptuno estaba
muy controlado. Velozmente pasé por varias calles de nombre
de flores que me lanzaron sus aromas: Los Litros, Siempre Viva
Los Juncos, Los Claveles y, por fin, Las Torres. Las calles
desiertas, con sus casas chatas y cerradas contrastaban con las
inmensas torres transmisoras de los cables de alta tensión
eléctrica, que se agigantaban en mi desesperación por llegar.
San Pablo y que en el último tramo me parecía que se iban a
derrumbar y no iba a alcanzar el último vehículo de la salvación.
Cansado, sudoroso y con la boca seca llegué a San Pablo. En
ninguna dirección pasaban vehículos de la movlización colectiva.
Un matrimonio con una guagua esperaba ansioso algún
medio de transporte. En el horizonte borroso del puente de San
Pablo apareció un camión con algunas personas que cubrían la
carga del vehículo. De cualquier manera había que tomarlo. El
lugar en que estábamos era peligroso. Hasta días antes allí
habían estado instalados combativos campamentos de poblado
res que fueron violentamente reprimidos. De común acuerdo nos
cruzamos en el camino, en medio del llanto de la guagua y
nuestros gritos para que se detuvieran. El camión detuvo su
marcha y unos obreros nos subieron al camión cargado de arena
y de frito. Apañados y cogidos unos con otros para no caer al
pavimento, el camión prosiguió su marcha contra el tiempo.

Faltaban pocos minutos para el comienzo del toque de
queda. Gente y vehículos habían desaparecido. A la altura de
Lourdes nos cruzamos con un jeep militar armado con una
enorme ametralladora. Al llegar a Matucana, el chofer nos
anunció que no podía seguir. "Me quedan cinco minutos, nos dijo
silenciosamente, si sigo nos balcean los milicos; ahora, bajarse y

"apreciar cueva"... Suerte, para los que vivan cerca; a los que
viven lejos les recomiendo una cantina de Martínez de Rozas
pasado Matucana, sólo que ahí hay que quedarse toda la noche
de toque a toque, señalados y en silencio comer, tomar y dormir
sin roncar. A los que fallan a estas reglas los ceñan cagando para
ahí fuera."

Otra vez corrí desesperadamente, haciendo el "quite" a
las patrullas militares. Tomé Rosas, bajé por Malpu, llegué a
Santo Domingo y por fin calle Esperanza, la calle de mi barrio
querido, mi hogar. En la ventana no había señal de peligro
conforme a lo convenido. Mientras golpeaba la puerta del
departamento, las campanas de la Iglesia de San Saturnino
tétricamente señalaban la hora del toque de queda. Luego,
silencio y miedo.

CEMENTERIO CLANDESTINO

Fue al final de "El Montijo", donde terminaban poblaciones y más allá de una obra de ladrillos, en Santiago Pontente, ladera sur del río Mapocho, donde había improvisado cementerio clandestino en que estaban sepultadas las víctimas de la Dictadura del General Pinochet, después de ser vilmente asesinadas o ejecutadas sin juicio ni sumario, eran lanzadas al río, en esas noches en que hasta el cielo se tenía de tinto con la sangre de tantos seres inocentes.

No siempre el río arrastraba los muertos a mucha distancia del sitio del lanzamiento. A veces sus cuerpos quedaban atrapados en la vegetación, en los ensanchamientos o los recodos de su lecho y manos piadosas los sacaban y los sepultaban en sus orillas, corriendo los riesgos policiales que significaba quitarle al río los cadáveres, símbolos de la crueldad de la Dictadura, y sepultar rápidamente en las horas de "loque de queda", para evitar que fueran destrozados por los roedores y los perros vagabundos.

Por los diversos conductos clandestinos, supuse la existencia del cementerio clandestino de "El Montijo".

Alrededor de mí debía poner en conocimiento de periodistas extranjeros esta información, para que ellos cuenten a los organismos internacionales del genocidio de que estaba siendo víctima el pueblo chileno. Por diversos contactos, especialmente una funcionaria alemana de la Naciones Unidas, logré ubicar a Rolf, un periodista, también alemán, para que hiciera una investigación sobre estos hechos inhumanos. Nos reunimos en una casa cercana a la Plaza Nuñoa y se fijó día y hora en que un grupo de reporteros y camarógrafos extranjeros llegaría hasta "El Montijo". Daniel, llamado así en la clandestinidad y un par de compañeras, seríamos los guías del grupo.

A la hora señalada llegué hasta las últimas casas de "El Montijo" en un pequeño Fiat seisientos. Casualmente vivía en ese lugar Rosa Valenzuela, ex-alumna del Liceo Integral a quien encargué que vigilara el auto, porque había que avanzar más al interior a pie. Luego llegó un Station Wagon con los periodistas y separadamente, avanzamos hacia el cementerio donde unos vecinos y obreros de la obra de ladrillos nos indicaron. Con un rastrollo un obrero despojó algunos metros de terreno en que tierra y ramas tapaban el montón de cadáveres en plena descomposición. La mayoría eran hombres, sus cuerpos estaban morados e hinchados; algunos aún conservaban los delantales característicos de los hospitalales. Pensé en Manuel Ibáñez y otros compañeros del núcleo del Hospital San Juan de Dios, que junto al cura Alsina, fueron ejecutados en el Puente Bulnes y lanzados cruelmente al Río Mapocho. Los camarógrafos filmaron las escenas escalofrías que presentamos y la de un cadáver que la noche anterior había quedado atrapado en un pequeño recodo del río y que no se pudo sacar, porque en ese momento, desde la Dirección del Aeropuerto de Cerrillos, avanzaba peligrosamente un helicóptero, seguramente por la delación de algún vecino de los que en esos días abundaron. Nos ocultamos en los hornos de ladrillo y en la orilla del río. Una vez que se fue el helicóptero después de girar varias veces sobre el cementerio, rápidamente nos retiramos y huimos en diversas direcciones.

Felizmente no fue en vano el sacrificio, en varios países europeos se exhibieron los videos tomados en "El Montijo" y la denuncia formal fue hecha a los organismos defensores de los Derechos Humanos.

Dias después de ocurridos los hechos relatados, fuimos con Rolf hasta el Cementerio Clandestino de "El Montijo" y nos informaron que después de "el toque de queda de ese día" con maquinarias excavadoras lanzaron nuevamente al río cadáveres, tierra y vegetación que lo había cubierto.

El Mapocho, con su carga de desperdicios, se llevó las identidades, las imágenes y los sueños de las víctimas de la dictadura.

"JUAREZ", CASA DE SEGURIDAD

Fue pocos dias antes que el Presidente Aylwin asumiera el poder, cuando me sorprendi al leer los diarios de la mañana y encontrarme con una noticia que me llenó de sombríos recuerdos. Con diversas fotografías "La Epoca" informaba que más de treinta propiedades que estaban en poder del Ministerio de Bienes Nacionales pasarían a formar parte del patrimonio del "glorioso" Ejército de Chile. Dichas casas habían sido arrebatadas por la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) y por la CNI, su homóloga, a organizaciones políticas y a simples militantes o simpatizantes del Gobierno de la Unidad Popular. Algunas casas eran grandes, amplias, de varias pisos. Otras de tamaño regular y algunas pequeñas e insignificantes, como la de calle Juárez que indicaba la fotografía que muy bien enfocó el periodista: céntrica, de fachada pobre, derruida y aparentemente sin ningún valor comercial o estratégico. No pude explicarme para qué la necesitaba el Ejército. En la dictadura militar ella ya había jugado su dolorosa y audaz misión.

No había explicación racional, pero ahí estaba la

casa, bajo los titulares del diario "La Época paralogizado: el café se enfrió en la taza y el pan añejo había calentado se puso más duro. En la audición de Nuevo Mundo, "Desayunando con los Duendes", rema- ron la noche leyendo los titulares de los diarios de mañana. Una amarga sensación de tristeza invadió cansado corazón y en tumulto se agolparon en mi mem- esos días dolorosos en que numerosos colegas, amigos compañeros de Partido, estaban abandonados a su suerte carentes de dinero, vestuario y solidaridad. Te albergue era inseguro y pasajero. El miedo era cosa de la delación estaba a la orden del día. Santiago era ciudad ocupada por los hombres de uniforme. La noche "loque de queda" era una pesadilla o el suspenso de una página de un cuento de horror. La Ley Marcial galopaba por los pueblos y caminos de Chile, aplicada inexorablemente por los cuatro jinetes apocalípticos de la Junta Militar. Pero que no lograron asilarse o no quisieron sobrevivir heroicamente en la clandestinidad. Pero, cada vez más, cerco se estrechaba y las puertas se cerraban.

Fue entonces cuando compañeros de la Dirección Partidaria de esa época, me encomendaron la delicada secreta misión que arrendara una casa, para que refugiáran dirigentes y militantes, cuyas vidas estaban en peligro. No vacilé. Como medida de seguridad, por desaparecía, informé a Silvia el compromiso contraído. Ella, también estaba cumpliendo la peligrosa tarea de ayudar a asilar a compañeros en peligro y a entregar información en las embajadas sobre los sucesos trágicos que ocurrían en Chile en materia de violaciones a los Derechos Humanos. Con todo esto empecé a buscar la casa que reuniera los requisitos que las circunstancias exigían. No fue fácil: no podía equivocarme y mandar al maladero compañeros que estaban confiando en mí. Los arriendos compra-venta de propiedades que públicamente se ofrecían estaban controladas por los Servicios de Seguridad. Después de numerosas indagaciones y consultas privadas encontré la casa ideal para refugio. Osvaldo Castro, veci-

amigo y compañero, me arrendó su casa con teléfono. Me pidió un año adelantado de arriendo: partía al exilio. En Concehali lo habían detenido en su escuela, llevado al Regimiento Buln y posteriormente lo pasaron a Investigaciones. Liberado provisoriamente y lleno de temores, sólo pensaba abandonar Chile.

Al alardecer de ese día, en la tranquila Plaza Nuñoa, calle "Las Lanzas" punto de conlacio, me reuní con un joven dirigente de la Dirección, a quien le di cuenta de mi cometido. La operación fue aprobada y se me proporcionó el dinero para cancelar el arriendo y alhajar la propiedad. Me repitió las instrucciones, apuramos la última plisener y nos despedimos. Oscurecía.

Lleno de angustia por el informe partidario recibido y aplastado por la responsabilidad que acababa de asumir, rápidamente regresé a mi hogar de calle Esperanza, tomando todas las medidas de seguridad. De ser sorprendido, caería el grupo que con su vida estaba desafiando a la dictadura de Pinochet. Lamentablemente, después del asesinato, detención y desaparición de numerosos miembros del Comité Central, el Partido había caído en la anarquía y la frustración. No estábamos preparados para la ilegalidad. Durante varios años se pagó cara la improvisación.

Mientras se materializaba la "Operación Refugio", tuvimos que ocultar y proteger al joven y talentoso diputado Dr. Carlos Lorca. En calle Catedral, cerca de Esperanza, según piso al fondo, mi ex alumno del Liceo Integral, Héctor Provoste, le cedió su pieza, engañando a doña Rosa, la encargada de los arriendos diciéndole que se trataba de un primo que venía del sur a medicarse. A pocos metros estaba nuestro departamento, donde Lorca comía y se comunicaba con otros dirigentes. Luego lo trasladamos a un departamento de mi hijo Carlos en Agustinas con entrada por Amunátegui. Con la ayuda de Julio Durán, dirigente estudiantil de la Universidad Técnica, se consiguió un

peluquero de confianza que le tinó el pelo, colorado maquilló y en una consulta médica de un oftalmólogo, calle Huérfanos, le cambiaron los gruesos lentes por otros de contacto.

En esos días aumentó mi admiración por Lorca; cuando muchos socialistas estaban dominados por el pesimismo y la derrotista, románticamente Lorca luchó por mantener la organización viva, activa y conservar en los mejores cuadros de la lucha clandestina. Creía al final una nueva generación tomaría las banderas. Salvador Allende y haría realidad la sociedad socialista.

Inmediatamente que estuvo preparada la casa calle Juárez, empezaron a refugiarse los compañeros, estaban en situación más comprometida. Algunos eran bromas; la casa estaba cerca del Psiquiátrico, Instituto Médico Legal y del Cementerio General; el fin tendría un corto recorrido: de Juárez a la Eternidad.

El Instituto Médico Legal en esos días era un sinfinito que en tiempos normales. Recuerdo que en días posteriores al golpe militar seguían desaparecidos hijo Carlos y Waller Ugalde, hermano de Silvia. La información que teníamos era abismante: ambos habían detenidos junto a un grupo de jóvenes en la misma tarde 11 de septiembre. Llevados a la comisaría más cercana fusilados bajo el Puente Iquique del ferrocarril. En población "Los Nogales" varios vecinos nos dieron versión, pero Rudy, mi tercer hijo que había escapado milagrosamente, creía que aún estaban con vida. Llenas dudas y temores, con Silvia tratamos de obtener información en el Instituto Médico Legal, pero todo era inútil. Llévame la lista colocada en la puerta de acceso, daba a conocer los nombres de los cadáveres identificados y números NN, que seguramente iban a ser lanzados al río Mapocho enterrados clandestinamente en algún sitio del Cementerio General, como ocurrió, posteriormente con los cadáveres descubiertos en el "Patio 29". Por fin logramos entrar

un Morque en que estaban los muertos apiñados. Era un cuadro danlesco; cadáveres repartidos en los patios, pastillos y amontonados en salas oscuras. Estaban tenían el rostro por la metralla o la bayoneta. Algunos tenían la mandíbula caída; los órganos mutilados. El ensañamiento de los chacales había sido demencial, inhumano. No había piedad para el vencido. Pense en la sana con que actuaron los vencedores en algunos hechos históricos ocurridos entre chilenos en que primó no tan sólo la muerte sino el ensañamiento con los vencidos, como en Lircay, Longomilla, Concón, Placilla, y en este siglo, la Matanza de Obreros salteños en la Escuela Santa María de Iquique y la Masacre del Seguro Obrero. No pude resistir y salí del Instituto Médico Legal asqueado y choquizado con tanta abyección: Silvia, más firme que yo, siguió la búsqueda inútil de nuestros muertitos. Sobre la sangre de ese montón de cadáveres, que se repetía a lo largo de Chile, la Junta Militar estaba afianzando su poder. Había que contenerse, para no gritar o vomitar. No estaban nuestros jóvenes. Afuera lloramos por los caídos junto a madres histéricas, desolados ancianos y niños aferrados a las polleras de sus madres.

Me recordado estos hechos dolorosos, porque el pueblo chileno tiene mala memoria. Los verdugos, complacidos, publicistas e ideólogos de la dictadura de Pinochet aún no han sido castigados y continúan disfrutando de las bondades de la democracia. Basta.

Los dirigentes que resistían intertormente eran intensamente buscados. Con su "Santo y Seña" me ubicaban y se refugiaban en Juárez. Los primeros fueron Carlos Lorca; Ricardo Lagos Salinas, cuyos padres habían sido asesinados en Chillán en el patio de su propia casa; Exequiel Ponce y numerosos compañeros y compañeras que huían de provincia o de las comunas marginales de Santiago, donde habían sido dirigentes poblacionales o gremiales. Completa la capacidad de los pisos, empezó la operación

asilo o la salida clandestina a Argentina u otros países. Do Brasil, café de calle Bandera, seguía cambiando de casa que los compañeros de la Dirección me hacían llegar para retornarles dinero chileno, para que pudieran sobrevivir en las difíciles condiciones en que resistían. Cada día sentía más comprometido con el destino de muchos compañeros que descaban salir rápidamente del Infierno Militar. Medi mi responsabilidad y me preparé animadamente para lo peor. Yo no había sido de los "duros" del Partido; carecía de preparación militar, de fortaleza física y del espíritu de sacrificio y entrega que caracteriza a un militante auténticamente revolucionario. Sólo era un aprendiz.

Durante varios meses siguió la rotativa: llegaban y

despedía a compañeros que partían al exilio o cambiaban de refugio, subsistiendo en medio del fuego mortífero de la dictadura. Algunos detenidos, milagrosamente, en medio de las torturas, no mencionaron la casa de Juárez. Había que haber conocido la crueldad inaudita de los torturadores para admitir a los que heroicamente callaron. Con manos atadas, la vista vendada, los repetidos interrogatorios en medio de gritos descontrolados, golpes de puños, amenazas contra la mujer y los hijos, degradantes groserías y aplicación de corriente eléctrica en las partes más sensibles y delicadas del organismo con un descontrolado voltaje que a veces terminaron en la locura o muerte de las víctimas. Cuando obtenían alguna información, especulaban sobre casas de seguridad o "puntos" de contacto, partían como locos los chacales sedientos de sangre. Luego, un rápido operativo, cercar el lugar señalado, despejar la calle de vecinos y curiosos y empezar la operación de horror y muerte, como lo que ocurrió en la Operación Albania, en calle Pedro Donoso de Conchalí, donde las víctimas, sin disparar un solo tiro, murieron por enfrentamiento.

La casa de calle Juárez estaba en constante peligro. Cada vez que detenían a algún compañero había que extremar las medidas de seguridad. Un día recibí de parte

de Jaime López, dirigente nacional, la orden de evacuar la casa. El teléfono estaba intervenido. Alguien importante había caído. Alerta.

Derechamente hablé con Ramiro Gómez, padre de Gilda y Pilar, dos ex alumnas del Liceo Integral y solicité su ayuda para desmantelar el Refugio y trasladar el mobiliario a un pasaje de Peñalolén. Gómez era un gran ayudista. Anteriormente me había ayudado a ocultar a un grupo de jóvenes en Maipú, entre ellos estaba el Chepo Sepúlveda, dirigente estudiantil de la Universidad de Concepción, que posteriormente Silva ayudó a aislarse en el Consulado de Alemania Occidental.

Las cosas cada vez se estaban poniendo más difíciles. Los Servicios de Seguridad y la organización perfeccionado sus métodos de represión y la organización clandestina flaqueaba. Desde los cuatro puntos cardinales del país llegaban trágicas noticias. El último mensaje fue penoso y fatal: Habían caído en poder de la DINA Carlos Lorca, Ricardo Lagos y Exequiel Ponce. Se ignoraba totalmente su destino. La orden del día para nuestro Comando Ayudista era: "Sálvese quien pueda".

En la estampida de ese día no pude olvidar a las muchachas que se habían ubicado en el pasaje de Peñalolén. Acompañado de Arturo, mi hermano menor, llegué en un taxi hasta ese lugar. Ellas me confirmaron la detención de nuestros dirigentes nacionales y me manifestaron que debían cambiar de domicilio; estaban en peligro, abandonadas y sin recursos. Les hice entrega de todo el dinero que poseía y les prometí volver con ayuda. Lamentablemente y sin explicación abandonaron el lugar asignado. Hace algunos meses, después de dieciséis años, concurri a la Vicaría de la Solidaridad a declarar todo lo que sabía sobre la desaparición de la atractiva Rosa Solís, que fue detenida en esos días aciagos. Sus parentes aún esperan saber la verdad y que se haga justicia.

Después de desocupar la casa de Juárez y limpiarla, creí terminada mi misión y llamé a los señores. Cada día que pasaba más se estrechaba el espacio en torno a nosotros. Las noticias eran alarmantes. La casa que había jugado un papel importante en la clandestinidad de Pinochet estaba envenenando la conciencia del pueblo chileno con la siembra del odio, del miedo, la desalentadores mensajes: era buscado por la DINA por el pueblo chileno con la división de la familia. La cultura de la muerte "chapa" de "Anibal".

Mientras no se supiera mi nombre legal, me despedí de esa solidaridad. Los Comités de Defensa de los Derechos salvado. Para no complicar a nadie, por si caía, me despedí de esa solidaridad. Los Comités de Defensa de los Derechos que de toda actividad y me empecé a preparar luchando por la libertad, el respeto del Estado de Derecho abandonar el departamento de calle Esperanza. Me alijé con la complicidad de la Corte Suprema, la Democracia más aún, el embarazo de Silvia. Nuestra hija para pisotear y violada por la bola militar. Inquietamente por salir a la vida exterior. A los pocos días para pisotear y violada por la bola militar. el abogado José Quezada Meléndez, me informó que la DINA me estaba ubicando y que evitara caer detenido. Por qué había que llevar la guagua al control médico. Había que recurrir de amparo estaban siendo rechazados por cuidar de su salud: estábamos viviendo en forma miserable. Tribunales de Justicia. Los perseguidos políticos estables. Arturo nos llevó en su taxi y de regreso pasamos a mos en la mayor indefensión.

En medio del cuadro de horror que estaba viviendo, nos esperaba Ricardo, mi hijo mayor, que se acompañó a Silvia a la Clínica Central, donde nació Tami. Preparaba para partir al exilio, al Reino Unido, después que o dejó libre la Corte Naval de Valparaíso y Rudy, que debía hacerme entregar dinero para sobrevivir. Me despedí de Rudy y me acompañó Ricardo. Tal vez no nos volveríamos entregado con creces nuestra cuota de lucha contra Arturo, a Avenida La Paz. Silvia me hizo la observación que dictadura. Mientras tanto, me quedaba refugiarme en casa de calle Juárez, que no había sido ocupada por DINA. La visité lleno de temores. Todo estaba como abandoné el día de la estampida. Estaba cortada la luz y silencio por falla de pago. Consulté con algunos vecinos confianza si la casa había sido allanada o si se había observado algo anormal, pero nada había ocurrido. Finalmente me corroboró esta información la profesora Frey. Antes de encender la luz aparecen en la sombra varios

Valleñar. Su hermano es el maestro, folclorista y escritor. huasquinó, Benigno Avalos. Inmediatamente nos instalamos en la casa de Juárez, mientras podíamos viajar Valparaíso, mi viejo puerto de abrigo y tratar de viajar a algún de los países desde donde nos habían invitado. Antes de encender la luz aparecen en la sombra varios agentes de la DINA que nos ponen las mullallas en el pecho y las manos el alto: habíamos sido delatados y la casa "entregada" por alguien que no resistió las torturas. Suspenso.

Una vez detenidos nos identificaron, nos allanaron personalmente, se apropiaron de todos los dineros que portábamos y objetos de valor. A cada instante comunicaban con la Central de la DINA instrucciones sobre nuestra detención y plidiendo la guagua por si soy héroe, me senti derrumbado. Solo Silvia discutia con los agentes e impidio que desahuyaran la guagua por sus chales se ocultaba dinero o documentos. Eran un desalmados. Al anohercer, amarrados y con la vista vendada, todos fuimos llevados a Villa Grimaldi, la casa de torturas del general Manuel Contreras Sepulveda. Después de los primeros interrogatorios y cuando fallaban por minutos para el "toque de queda" de medianoche, fueron dejados en libertad Arturo y Ricardo. Con Silvia y Tania quedamos detenidos viviendo el calvario que describi en mi primer libro de memorias, con el nombre de la "Parrilla". "En Libre Plática".

PALOMAS Y GORRIONES

El pan añejo se comía sólo cuando el hambre hacia sonar las tripas. Generalmente era incomible. Pero los presos que estábamos en la galería de los incommunicados de la prisión de "Cuatro Alamos", sin decirnos nada, nos pusimos de acuerdo y reduciamos el pan a un montón de migas, que lentamente lanzábamos a través de los barrotes, a un patito pequeño que separaba las celdas de un muro que nos impedía la libertad, hasta donde llegaba más de una veintena de palomas, que en dias nublados y frios parecia que todas se pintaban, ex profeso, de un color gris oscuro. Todas corrian o volaban y se instalaban a picotear las migas de pan frente a las celdas. Cuando algunos rayos de sol se filtraban hasta el patito, las palomas se vestian de colores claros y alegres o de hermosos tornasoles. Se animaban, y con ligereza, no tan solo picotocaban y tragaban su porción, sino que se disputaban entre ellas los nuevos puñados que le lanzaban de otras celdas. Querian agarrarlas todas. Se formaba gran alboroto; las dulces y arrulladoras palomas, simbolos de la paz y del amor, se transformaban súbitamente en vulgares aves de rapiña. Esc, justamente, era el momento en que desde lo alto del muro descendian los gorriones, rápidos, libres y hábiles y en sus frágiles picos

Otra vez corrí desesperadamente, haciendo el “quite” a las patrullas militares. Tomé Rosas, bajé por Maipú llegué a Santo Domingo y por fin calle Esperanza, la calle de mi barrio querido, mi hogar. En la ventana no había señal de peligro conforme a lo convenido. Mientras golpeaba a la puerta del departamento las campanas de la Iglesia de San Saturnino, téticamente señalaban la hora del toque de queda. Luego, silencio y miedo.

de “El Toque de Queda”...

Mi madre nos hizo entrar en la casa rápidamente: Temía que balines o esquirlas de las bombas, nos dañaran. Mi padre se encontraba ausente de Talcahuano en sus viajes ferroviarios... En la noche me dormí con el tableteo de las ametralladoras y con las imágenes del combate...

de “La sublevación de la marinería”...